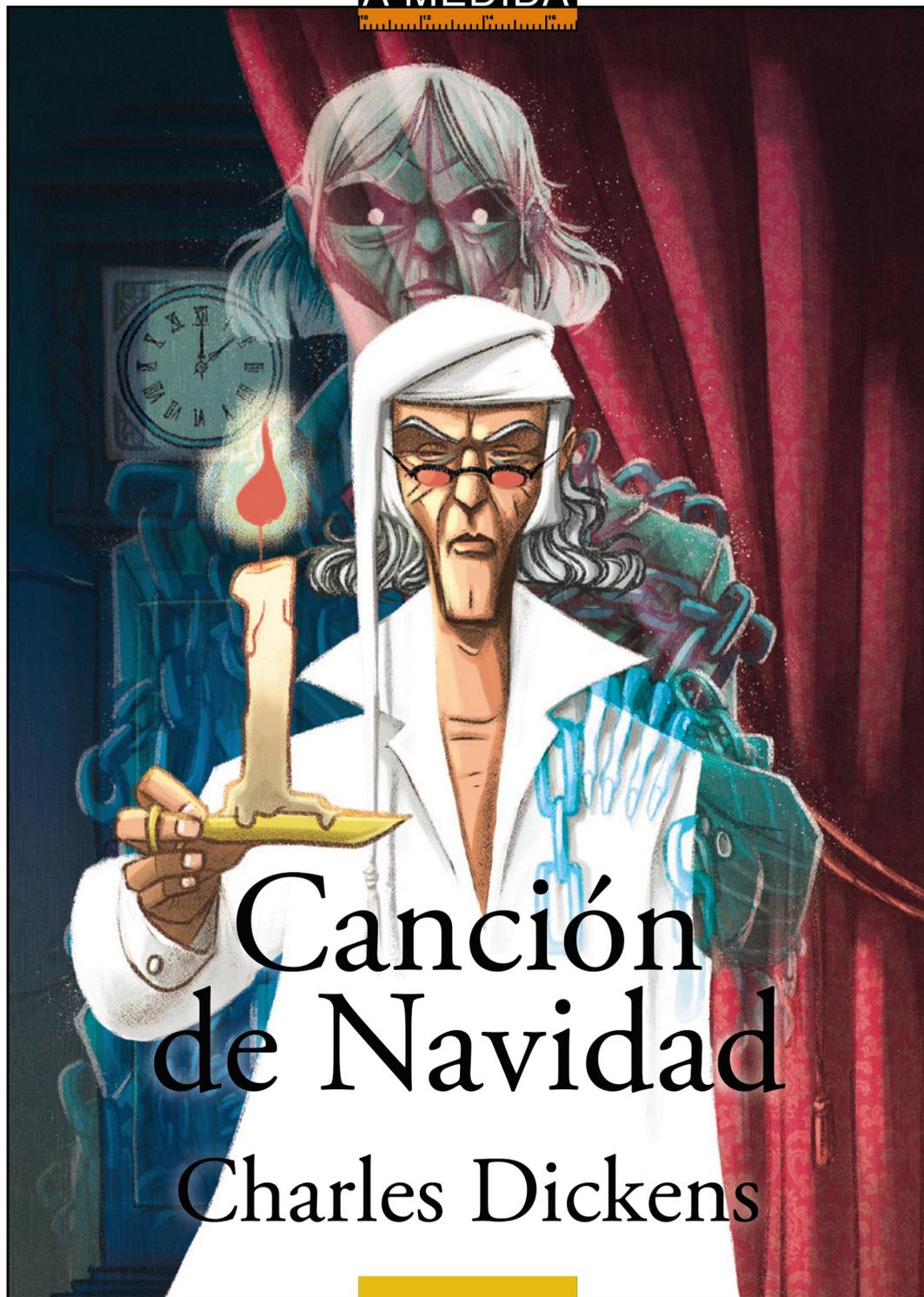


CLÁSICOS
A MEDIDA



Canción de Navidad

Charles Dickens

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA



Canción de Navidad

Charles Dickens

Adaptación de Lourdes Íñiguez
Ilustraciones de David Guirao

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *Canción de Navidad*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en www.anayainfantilyjuvenil.com

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Lourdes Íñiguez, 2024

© De la ilustración: David Guirao, 2024

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, febrero 2024



ISBN: 978-84-143-3688-5

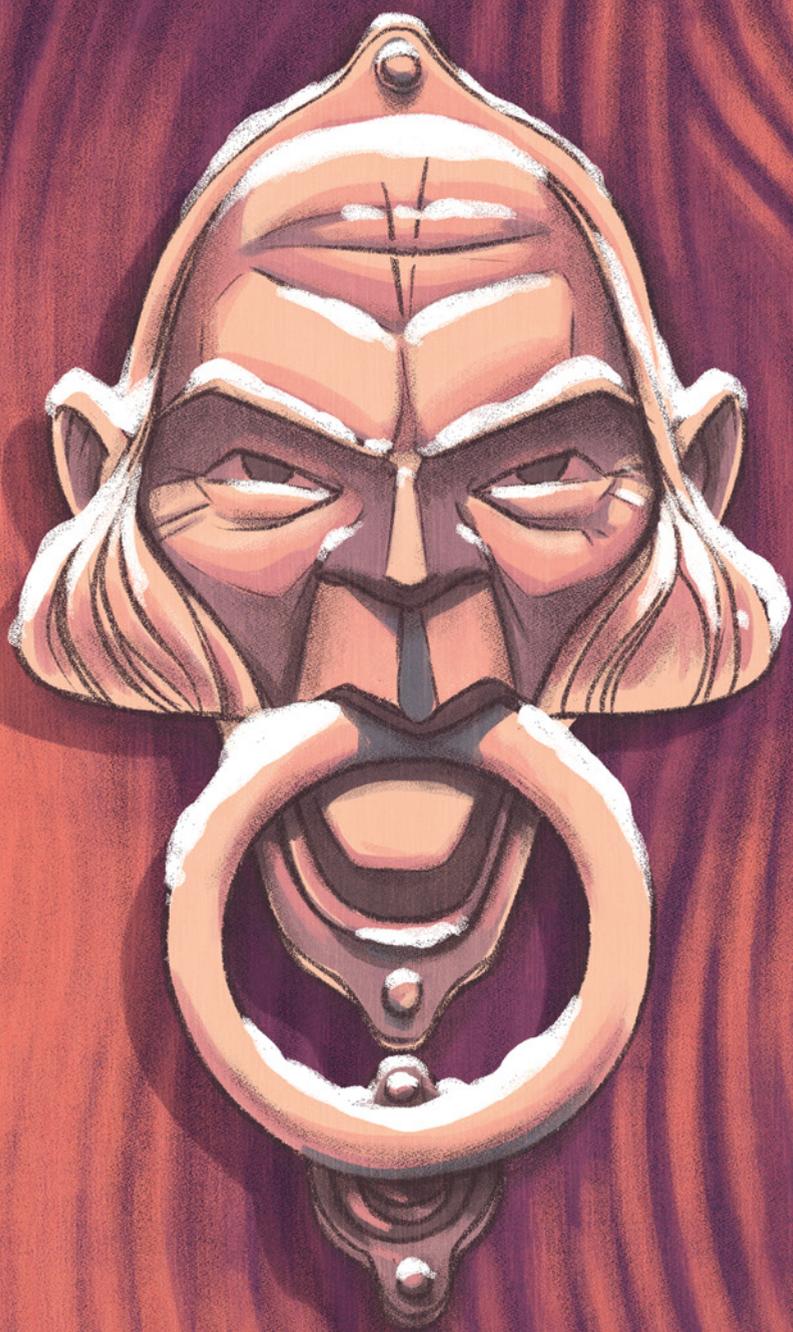
Depósito legal: M-33912-2023

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Introducción	5
Primera estrofa. El fantasma de Marley	21
Segunda estrofa. El primero de los tres espíritus	41
Tercera estrofa. El segundo de los tres espíritus	55
Cuarta estrofa. El tercero de los tres espíritus	71
Quinta estrofa. El final de la historia	87
Apéndice	95



Canción de Navidad

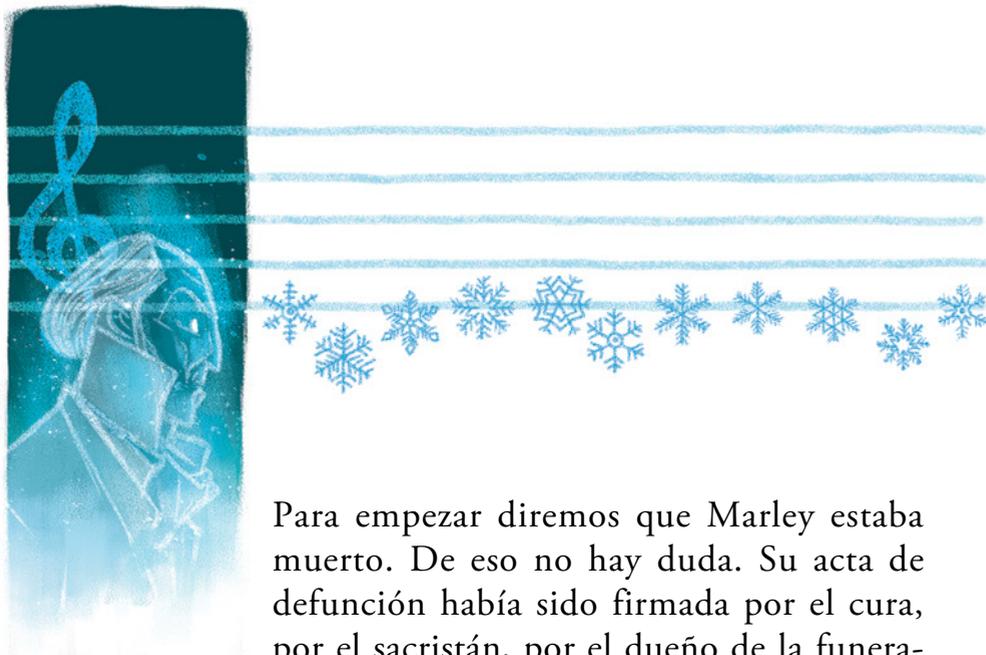


He intentado que, con este relato fantástico, los espectros nazcan de una Idea que no debe disgustar a mis lectores consigo mismos, ni con otras personas, ni con la época navideña, ni conmigo. Ojalá que este libro hechice amablemente sus hogares y que nadie quiera abandonar su lectura.

Su sincero amigo y servidor,
Charles Dickens

Diciembre, 1843.

Primera estrofa. El fantasma de Marley



Para empezar diremos que Marley estaba muerto. De eso no hay duda. Su acta de defunción había sido firmada por el cura, por el sacristán, por el dueño de la funeraria y por la persona que se encargó del funeral. ¿Lo sabía Scrooge? Claro que lo sabía. Él también firmó el acta y su nombre era respetado en la Bolsa y en cualquier documento donde apareciera. El viejo Marley estaba tan muerto como los clavos de su ataúd. Scrooge había sido su socio durante ni se sabe cuántos años, su administrador y su único amigo, y también el único que le guardó luto. Pero ni siquiera en ese momento se dejó abatir por el triste suceso, sino que se comportó como un verdadero hombre de negocios y consiguió celebrar el funeral por una auténtica ganga. Scrooge no borró su nombre del letrero de su empresa, que seguía poniendo «Scrooge y Marley», como todos la conocían, y él mismo seguía respondiendo por ambos nombres.

Scrooge era un hombre terriblemente tacaño; tenía un puño tan cerrado como una piedra. Era cruel, miserable, ambicioso, testarudo e incorregible. Nada le había hecho portarse jamás de manera generosa. Era callado, retraído y solitario como una ostra. Su frío interior había helado sus viejas facciones: su puntiaguda nariz, sus arrugadas mejillas, sus enrojecidos ojos, sus delgados labios y su astuta y chirriante voz. Una blanca escarcha cubría su cabeza, sus cejas y su barba. Y su andar también era lento, como si estuviera congelado. Su baja temperatura siempre le acompañaba dondequiera que estuviese, helaba su oficina en los días de verano y no la calentaba ni un grado en los días de Navidad. Ni el calor ni el frío exterior hacían mella en él. Ni la lluvia más fuerte, ni el viento más áspero, ni la mayor nevada pudieron jamás hacerle cambiar de propósito. El temporal no sabía cómo atacarle y era el que acababa por ceder; Scrooge, nunca.

Nadie le paró jamás en la calle para decirle con expresión amable: «Querido señor Scrooge, ¿cómo está usted?, ¿cuándo vendrá a visitarme?». Ningún mendigo le imploraba una limosna; ningún niño le preguntaba la hora; ninguna persona, hombre o mujer, se atrevía jamás a preguntarle dónde estaba tal o cual lugar. Y hasta los perros de los ciegos parecían conocerlo, pues cuando lo veían acercarse, se llevaban a sus dueños a otro sitio y movían la cola, como diciendo: «No hay ojo peor que el de un malvado». ¿Y todo esto le importaba a Scrooge? En absoluto. Era lo que él deseaba: seguir el sendero de la vida manteniendo la distancia con el resto de los seres humanos.

Un día, uno de los mejores del año, la víspera de Navidad, el viejo Scrooge estaba sentado en su mesa de la oficina. Hacía un día de perros: frío, ventoso, nublado. A través de la ventana, podía ver a la gente pasar pateando el suelo con sus pies para calentarlos y apretándose las manos contra el pecho. Los relojes de la ciudad

acababan de dar las tres, pero había tanta niebla que había estado oscuro todo el día y la bruma densa se colaba por la cerradura. Las casas de enfrente parecían meros fantasmas y solo los puntos de luz de los hogares se vislumbraban a través de las ventanas.

Scrooge tenía abierta la puerta de su despacho para vigilar a su empleado, que en un infame cuchitril se afanaba en escribir cartas. Scrooge gozaba de un pequeño brasero; sin embargo, el de su escribiente era tan diminuto que más parecía una brasa, pero no lo podía avivar porque la espuerta del carbón estaba en la sala del jefe, y si se hubiera atrevido a ir a por una palada, seguro que Scrooge le habría amenazado con despedirle, así que se conformaba con arrebujarse en su bufanda.





—¡Feliz Navidad, tío! ¡Dios le ampare! —gritó una voz risueña.

Era el sobrino de Scrooge, Fred, que había entrado en la oficina de forma brusca y sin llamar.

—¡Bah! —dijo Scrooge—. ¡Paparruchas!

Fred venía sofocado por el paso rápido entre la niebla y el hielo. Su cara estaba roja como una cereza, sus ojos chispeaban y su aliento humeaba.

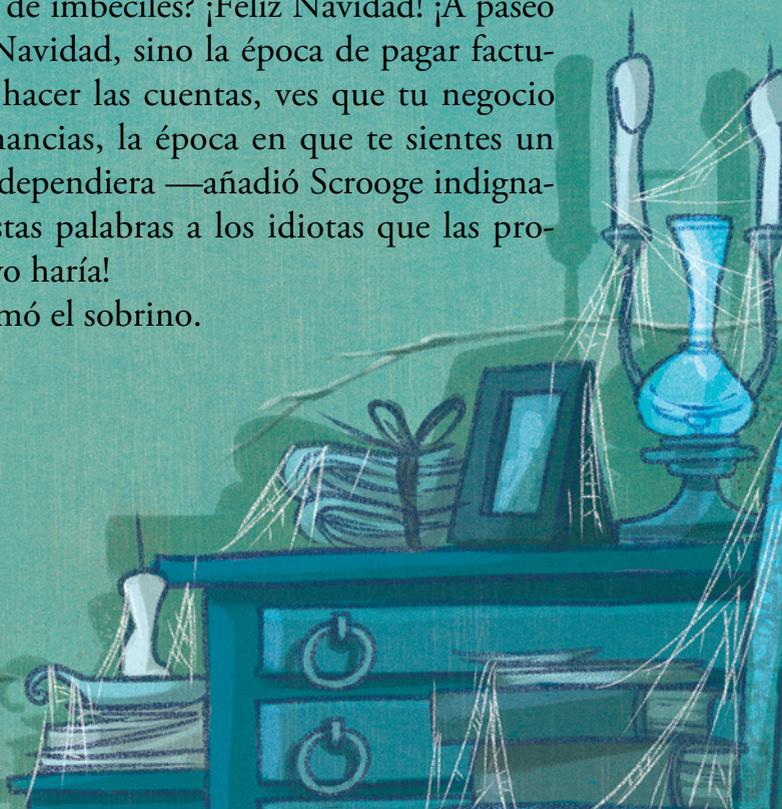
—¿La Navidad, una paparrucha, tío? —preguntó el sobrino—. ¿No lo dirá en serio?

—¡Pues claro que sí! —afirmó Scrooge—. ¡Feliz Navidad! ¿Qué tienes tú para ser feliz? ¿Qué motivo? Eres pobre como una rata.

—¡Vamos, hombre! —contestó el sobrino cortésmente—. ¿Y qué motivos tiene usted para estar triste y de tan mal humor? ¡No se enfade, tío!

—¿Y qué otra cosa puedo hacer —replicó el tío—, cuando vivo en un mundo lleno de imbéciles? ¡Feliz Navidad! ¡A paseo la Navidad! ¿Qué es la Navidad, sino la época de pagar facturas, la época en que, al hacer las cuentas, ves que tu negocio apenas te ha dejado ganancias, la época en que te sientes un año más viejo? Si de mí dependiera —añadió Scrooge indignado—, les haría tragar estas palabras a los idiotas que las pronuncian. ¡Eso es lo que yo haría!

—¡Pero, tío! —exclamó el sobrino.



—¡Sobrino! —volvió a decir el tío—. Celebra tú la Navidad a tu manera y deja que yo lo haga a la mía.

—¿Celebrar la Navidad? —se sorprendió el sobrino—. ¿Es que usted no la celebra? Hay muchas razones para hacerlo, no solo por su origen sagrado, sino porque la Navidad es un tiempo amable, indulgente, generoso y feliz. Es la única época del año en que hombres y mujeres parecen haber recibido el consentimiento para abrir sus corazones de par en par, para pensar que todos los hombres somos iguales, sin importar la raza. Por consiguiente, tío, aunque a mí no me haya traído ni una pizca de oro o de plata, pienso que la Navidad me ha hecho mucho bien y me lo seguirá haciendo. Así que digo: ¡Bendita sea la Navidad!

El empleado aplaudió instintivamente; pero, dándose cuenta de que había cometido un error, quiso disimularlo avivando el fuego y apagó la última brasa que le quedaba.

—¡Si le oigo otra vez —le increpó Scrooge—, celebrará la Navidad en su casa, porque lo echaré a la calle! Y tú, señorito, eres un buen orador, me pregunto por qué no te presentas al Parlamento.

—No se enfade, tío. ¡Vamos! Venga a comer mañana con mi mujer y conmigo.

—Prefiero verte antes... —No acabó la frase.

—Pero ¿por qué? Nunca ha venido. Deme una razón para no hacerlo.

—¿Por qué? —refunfuñó Scrooge—. ¿Por qué te casaste?

—Porque me enamoré.

—¡Que te enamoraste! ¡Ea! Amor y Navidad, las dos cosas más ridículas del mundo. ¡Adiós, que te vaya bien!

—Tío, nunca le he pedido nada, ni necesito nada de usted. ¿Por qué no podemos ser amigos?

—¡Buenas tardes! —repitió Scrooge por toda respuesta.

—Lamento de todo corazón su decisión —concluyó Fred—. Nunca hemos tenido ningún disgusto entre nosotros y no lo vamos a tener por esto. Por mi parte, quiero celebrar la Navidad y mantendré mi buen humor hasta el final. Por lo tanto, vuelvo a desearle feliz Navidad y próspero año nuevo.

Y diciendo esto, abandonó la estancia, no sin antes felicitar al empleado, quien, aunque estaba helado, le acompañó a la puerta y le despidió con mayor calor y cordialidad que lo había hecho Scrooge.

—Este es otro lunático —murmuró Scrooge, refiriéndose a su empleado—, con quince chelines a la semana, mujer e hijos, y hablando de felicidad en Navidad. ¡Es para llevarlo al manicomio!

Aprovechando que la puerta estaba abierta, dos visitantes de porte agradable entraron en la oficina, quitándose el sombrero. Llevaban en las manos libros y papeles.

—Scrooge y Marley, supongo —dijo uno de los caballeros, haciendo una ligera reverencia.

—El señor Marley murió hace siete años —aclaró Scrooge—, justamente en una noche como esta.

—Estamos seguros de que su generosidad habrá sido heredada por su socio sucesor. —Scrooge frunció el ceño, porque la palabra «generosidad» le irritaba—. En esta época de celebraciones —continuó el caballero, sacando una pluma del bolsillo—, es más que deseable pensar en los miles de personas pobres y desamparadas que sufren enormemente, porque carecen de las necesidades más básicas.

—¿Es que no hay casas de trabajo? ¿No hay orfanatos? ¿No hay asilos para ancianos?

—Los hay —respondió el otro caballero—. No podemos decir que no; pero son insuficientes. Están todos abarrotados.

—¡Bueno! Temía que la Ley de Pobres¹ ya no estuviese en vigor o que hubiera ocurrido algo que hubiese detenido el correcto funcionamiento de estas instituciones. Siendo así, todo marcha bien.

—¡Ya! Pero hemos de tener en cuenta que estos centros apenas pueden atender a una parte de la multitud desamparada. Por eso, un grupo de nosotros nos hemos propuesto recaudar fondos para comprar comida, bebida y combustible para esta pobre gente afligida. Y hemos escogido esta época de abundancia y alegría. ¿Cuál será su aportación, señor, para anotarla?

—Ninguna —contestó Scrooge.

—¿Desea usted mantener el anonimato?

—Deseo que me dejen solo —replicó Scrooge—, para responder a su pregunta. Yo no voy a celebrar la Navidad y no estoy dispuesto a que la celebre toda esa gente holgazana a mi costa. Yo contribuyo a mantener todos esos establecimientos que antes he mencionado, así que si alguien está necesitado, que acuda a ellos.

—Muchos no quieren ir y otros muchos preferirían morir antes...

—Pues si prefieren morir —atajó Scrooge—, será mejor que lo hagan y así disminuirá el exceso de población. Y además, señores, yo no entiendo de esto.

—Pues debería hacerlo —observó el caballero.

—No es asunto mío —concluyó Scrooge—. Para un hombre es más que suficiente con entender de su negocio y no meterse en los de los demás. ¡Buenas tardes, señores!

¹ *Ley de Pobres (Poor Law)*: fue dictada en Gran Bretaña en 1834 y obligaba a los desempleados, mendigos y huérfanos menores de quince años a ser internados en casas de trabajo, llamadas *workhouses*.

Comprendiendo claramente que era inútil continuar, los dos señores abandonaron el despacho y Scrooge volvió a su tarea.

Entretanto, la niebla y la oscuridad se habían hecho tan densas que la gente iba por la calle alumbrándose con antorchas, y con ellas iluminaban también la ruta de los carruajes de caballos. La vieja torre de una iglesia cercana se hizo invisible y daba las horas envuelta en las nubes, con vibraciones trémulas, como si le castañeteasen los dientes de su elevada y helada cabeza. El frío se hizo intenso. En la calle Mayor, varios obreros estaban reparando las tuberías del gas y habían encendido una hoguera en una esquina, alrededor de la cual se congregó un grupo de chiquillos y de mendigos para calentarse las manos. El agua rebosante de las alcantarillas se desbordaba y se convertía rápidamente en hielo. El resplandor de los escaparates de las tiendas repletas de viandas iluminaba las caras de los transeúntes, haciendo creer que era una broma el glorioso arte de comprar y vender. El alcalde de la ciudad, en su poderosa mansión, daba órdenes a sus cincuenta cocineros para preparar una cena de Nochebuena como era propio de su dignidad. Y hasta la esposa del más sencillo sastrecillo se afanaba en cocinar un delicioso pudín para el día siguiente.

La niebla y el frío persistían, cuando el dueño de una naricilla pelada de frío, que el hambriento frío parecía que había roído, se detuvo ante la puerta del despacho de Scrooge y, pegando su cara al cristal, quiso obsequiarle con un villancico navideño:

—¡Navidad, Navidad, dulce Navidad...!

Pero apenas había empezado a entonar su cancioncilla, cuando el viejo Scrooge cogió la regla con tal energía que el muchacho salió corriendo lleno de terror.



Canción de Navidad fue publicada en 1843 y de inmediato atrajo la atención del público y de los críticos, al orientar su objetivo a promover la caridad hacia los más necesitados de la sociedad, a avisar de los peligros de la avaricia y de la obsesión por el éxito en los negocios y a recuperar las tradiciones de la Navidad, perdidas en su época. Ha sido adaptada a todos los géneros: teatro, cine, radio, televisión, llegando a ser un clásico de la Navidad. Igualmente, su protagonista Scrooge se ha convertido en un verdadero icono de ser humano tacaño, como así consta su nombre en los diccionarios de habla inglesa.

